

las grutas y los sitios sombríos? nada en el misterio y sin levantar  
 ¿Para qué, todas las tardes, du- la vista hacia los consejos divinos,  
 rante el verano, abrasado por el que flotan en las altas esferas bajo  
 sol como por un carbón candente, la forma sagrada o bajo el velo  
 entre vapores removidos por los brillante de una nube o de una  
 vientos, alumbran su ocaso nubes estrella? ¿Todo eso sucede para  
 encendidas? ¿Para qué enrojecer que esta época, en el sombrío  
 los viñedos, lanzando sobre ellos fastidio en que se nutre, convier-  
 rayos que hinchan los racimos ta al oprimido de ayer en opresor  
 maduros? ¿Para qué inclinar so- de hoy para que le desgarran sus  
 bre sus ejes movibles el globo locos sueños; para que el pueblo,  
 monstruoso con todas sus ciuda- multitud en la que yacen con-  
 des, los montes y los mares que fundidos tantos sabios, lo mismo  
 flotan a su alrededor, haciendo que los reyes, tenga la brutalidad  
 que se mueva en rotación verti- por última razón y responda a  
 ginosa, para que la luz lo dore las balas ciegas con los adoqui-  
 o para que la sombra lo oculte? nes estúpidos? ¿Todo eso sucede  
 ¿De qué os sirven las olas, las para que los motines conmuevan  
 nubes, y de que, en el más pro- las ciudades, para que hasta la  
 fundo secreto, dentro de la flor libertad se convierta en tirana?  
 germine el fruto? ¿Para qué fe- ¿Todo eso sucede para que el  
 cundar el éter y las olas, rodear a honor de los antiguos gentiles-  
 los soles de mundos, poblar de hombres, conducidos por ellos  
 astros errantes la inmensidad de mismos al carril que seguimos,  
 los cielos, amontonar en todos los se ligue tristemente a los parti-  
 sentidos millones de leguas, y dos? ¿Es acaso para que a su odio  
 con la vaguedad de lo infinito se añada un juramento a la ma-  
 teñir de indefinido color azulado nera que al viejo puñal se le  
 las llanuras y las montañas? ¿Pa- pone una nueva hoja? ¿Todo  
 ra qué instalar en las alturas y esto sucede para que el príncipe,  
 en las profundidades tan espanto- hombre que nació de una mujer  
 so hacinamiento de sombras y de para brillar pronto y vivir poco,  
 esplendores? ¿Para qué perfumar, se imagine ser rey, como vos  
 calentar, nutrir, brillar, amar y sois Dios? ¿Todo eso sucede para  
 traducir incesantemente para los que los justos vivan tristes, para  
 ojos carnales y para los ojos del que reine la iniquidad, para que  
 pensamiento vuestra idea eterna la invidia lacere los corazones que  
 en espectáculo eterno? ¿Sucede hubiera engrandecido el amor?  
 todo eso para que en este siglo, en ¿Todo eso sucede para que el sa-  
 el que la ley cae convertida en ce- cerdote, triste y defectuoso após-  
 nizas, el hombre pase sin ver, sin tol, camine abriendo un ojo y ce-  
 creer, sin comprender, sin buscar rrando el otro, insulte a la natu-

raleza en nombre del verbo es-  
 crito, y no comprenda que aquí  
 todo está en el espíritu, que el  
 soplo de Dios lo mismo alcanza  
 a los hombres que a la arcilla, y  
 que el árbol y la flor son tam-  
 bién vivos comentarios del Evan-  
 gelio? ¿Todo eso sucede para que  
 a nadie, en fin, grande o pequeño,  
 inquiriendo los caminos de la tumba,  
 le inquiete lo desconocido, y  
 como el buey conducido por el  
 instinto, cada uno trace su surco  
 sin pensar en la espiga; para que  
 la humanidad, careciendo de pro-  
 fetas, abandonase la admiración  
 que vuestras obras le causaban;  
 para que el hombre no vea bril-  
 llar en su corazón el alba, ni la  
 azucena, ni el ángel, ni el niño, ni  
 el alma, ese rayo de luz pura, ni  
 la creación, ese inmenso pano-  
 rama...?

\* \* \*

Por eso pensativo exclamo mu-  
 chas veces:—«¿Estaremos qui-  
 zás condenados y malditos? ¿Los  
 que vivimos hoy gozando de fal-  
 sa prosperidad, seremos deshere-  
 dados de la herencia de nuestros  
 padres? Señor, haceos cargo de  
 que los hombres de esta época  
 están ciegos, lejos de vos y flo-  
 tando entre muchas sombras.  
 Extinguid vuestros soles o rea-  
 nimad su fuego; corregid vuestro  
 mundo o concededle un alma.

17 de julio de 1839.

## VIII

AL SEÑOR DUQUE DE \*\*\*

Julio, vuestro castillo, que tie-  
 ne la torre vieja y la casa nueva,  
 se refleja en el Loire por la parte  
 en que el río, cerca de Blois,  
 ensanchando su espléndido cauce,  
 como una madre que habla en  
 voz baja a su niño que tiene en  
 su regazo, estrecha una deliciosa  
 isla en sus brazos replegados. Po-  
 seéis todos los bienes que el hom-  
 bre puede alcanzar. Os sonreís  
 viendo cómo llega el verano, y  
 oiréis muy pronto, al través de  
 los árboles, las risas alegres que  
 desde la aldea llagarán hasta  
 vuestra heredad. Pasado ya el  
 abril, veis en ella que llega ahora  
 el mayo, el mes del amor; mayo  
 que cada día extiende más sus  
 verdes vestiduras y que, como el  
 niño levita, encargado de adornar  
 el templo, suspende en las flori-  
 das ramas las flores, de las que  
 sale el incienso, y los nidos, de los  
 que surge el canto.

\* \* \*

Me escribís que en este momen-  
 to el friso blasonado de vuestra  
 chimenea está sobrecargado con  
 un montón de antiguas ruinas



que en otros tiempos ganaron para todo, dejad tranquilos esos batallas, de espadas, de cimeras, campos, o por mejor decir, esas etcétera, etc. Me escribís también que vuestros arrendadores, cavando con los bueyes, han tropezado con un sepulcro al abrir un surco. Vuestro campo de César ha tenido que sufrir esta muesca. Os pertenecía todo un campo de batalla, y vuestros rudos leñadores, con el ruido de sus hachas, han turbado con frecuencia las sombras de esos seres que vagan entre vuestras encinas, haciendo al mismo tiempo huir a los cuervos.

\*\*

Sabeis, amigo mío, que, espectador serio, he meditado muchas veces en esos campos gloriosos, a los que el arado obligó, a ellos que fueron testigos de antiguas guerras, a dar cosechas como los campos ordinarios; que semejantes a un rey caído, que teme despertar, cuando se le aparece su antigua gloria al soñar, durante el día dejan que camine el boyero por sus trigales y durante la noche que reciban la visita de las águilas.

\*\*

Aunque sois hijos de un siglo en el que todo se vende, respetad la Roma muerta que está al lado de la aldea viva, y ya que en vuestro corazón tenéis compasión

para todo, dejad tranquilos esos campos, o por mejor decir, esas cenizas. Vivid feliz paseando desde el alba por ocultos senderos, llevando de la mano a una mujer y contemplando en ese pintoresco paisaje cómo se regocija Dios en la estación de las rosas; y después, entrando en casa y sacando del cofre carcomido el ejemplar antiguo del Virgilio que yo he leído tantas veces, e iluminando vuestra alma con las antiguas claridades, leed al tierno y eximio poeta, ¡oh Juliol y medita!

\*\*

Porque han llegado los tiempos presentidos por el poeta. Hoy día, en esa llanura silenciosa, en esos campos, algunas veces el labrador inclinado sobre el surco, encuentra la negra punta de un dardo que cree caída del cielo, y otras veces ve que chocan confusamente en el fondo del terreno que escarba, cascos vacíos, dardos tomados de orín, y abriendo tumbas colmadas de humanas ruinas, le hace palidecer el tamaño de los esqueletos romanos.

Mayo de 1839.

tranquilo la felicidad compañera de los niños, que es un reflejo puro de la felicidad de las madres.

## IX

\*\*

A FANNY DE P.

Ya que tu edad temprana lo consiente, ríe, que todo te acaricia: ¡hermosa niña, juega, canta, sé flor, sé aurora!

\*\*

No pienses en lo que encierra el porvenir; el cielo es negro y la vida sombría; no pienses que el hombre en el mundo solo hace un poco de ruido en el seno de abundante sombra.

\*\*

Por desgracia sabemos que la vida es muy triste: niña, con frecuencia los ojos que más brillan son los que derraman mayor cantidad de lágrimas.

\*\*

Tú que no has sufrido aún ningún dolor, todo lo posees, delirio y alegría, la inocencia que hace soñar y la ignorancia que hace sonreír.

\*\*

Azucena preservada del soplo de los vientos, llena tu corazón tierra: ángel, estás llamada a

El candor embellece tu semblante, y yo prefiero a todas las claridades, la que veo brillar en tus pupilas, que sale del foco de tu alma.

\*\*

Vives sin inquietudes y sin pesares; la familia te idolatra; en el verano corres por entre las flores y en el invierno juegas junto al hogar

\*\*

La poesía, emanación de los cielos, mora cerca de ti, niña; tu madre la refleja en sus ojos y tu padre en su pensamiento.

\*\*

Aprovecha esa hermosa edad, disfruta, que la alegría se disipa en seguida, y los que vivimos más tristes hemos tenido también nuestra infancia deslumbradora.

\*\*

Como aquel que reza antes de morir, permíteme que te bendiga antes de que abandone yo la tierra: ángel, estás llamada a



convertirte en mártir; niña, serás una mujer.

Febrero de 1840.

## X

Como en los estanques adormecidos bajo el dosel de los bosques, en muchas almas se ven dos cosas a un mismo tiempo: el cielo, reflejado en el agua que apenas se mueve con todos sus rayos y todas sus nubes, y el fondo del estanque, sombrío, dormido y sucio, en el que reptiles negros vagamente hormigean.

7 de mayo de 1839.

## XI

«FIAT VOLUNTAS»

¡Pobre mujer! ¡Se le ha trastornado el juicio! En los salones indiferentes, en conversaciones fútiles, el mundo anunció ayer que estaba loca, y añadió hoy que había muerto; yo solo en el cementerio, hollando los céspedes, visito la tumba, en la que se enterró su vida después de morir su razón.

\* \* \*

¡Loca y muerta! Dios mío, ¿por qué? Por un niño frágil, cuyas pupilas están cerradas para siempre; por un recién nacido, de colores frescos, que hace poco, como las moscas penden de las flores, pendía de su seno, riendo y llorando, privándola del sueño durante noches enteras; por ese niño que está callando, por ese niño que ahora está dormido.

\* \* \*

Cuando vió a su hijo por la tarde de un día triste, porque ella llamaba su hijo a esa sombra vana, cuando vió a su hijo helado, no lloró. La leche ya inútil de su seno, con la fiebre, de repente, turbaron su cabeza, haciendo temblar los labios; y desde ese día, sin ver y sin hablar, permaneció indiferente a todo, buscando en la obscuridad una cosa perdida, a su hijo desaparecido en la vaga extensión; y algunos momentos inclinaba el oído al andar, como si debajo de tierra oyese el susurro de un cántico.

\* \* \*

Una mujer del pueblo, que un día la vió pasar por la calle acosada por una multitud, al ver cuánto sufría, adivinó su desgracia. Los hombres, al ver su hermosa frente lívida y sus mi-

radas irias, que perseguían una quimera, exclamaban:—«¡Pobre local!»; pero esa mujer decía:—«¡Pobre madre!»

\* \* \*

Pobre madre, en efecto. Suspiros ahogados interrumpían algunas veces su voz, que murmuraba:—«¡Mi hijo!» Algunas veces, en la calle, hundidos los pies en el barro, buscaba con la vista una claridad desaparecida en el cielo; porque el alma del niño, al volar a las supremas regiones había llevado consigo el juicio de su pobre madre.

\* \* \*

Inútil era decirle, hablando con voz remisa que esos son acontecimientos naturales de la vida; que todo aquel que nace, muere; que hay niños que Dios, que todo nos lo presta, pero que nada nos da, para que refresquen nuestras frentes con sus alas blancas, hace que se posen como pájaros por un día solo en los árboles del mundo; inútil era decirle todo esto, porque ella no lo oía; con la vista fija, miraba siempre ante sí abrirse los brazos de su hijo. De sus juguetes había formado una capilla; y así murió la pobre en menos de dos meses; que nada es tan poderoso como los pequeños brazos de los niños muertos para arrastrar pronto las madres a la tumba; donde el niño cae,

RAYOS.—3

pronto la mujer cae también. ¿Qué es para ella una casa desierta? ¿Qué es para ella un lecho sin la cuna al lado? ¿Para qué sirven las miradas maternales si no han de velar al niño que duerme? ¿Para qué sirve su blanco seno sin los labios rosados del

\* \* \*

Después de pasar mucho tiempo con el corazón y con los ojos apagados, vagando alrededor de la tumba de su hijo, la desventurada perdió la vida a los dos meses. Ayer estuvo loca y hoy murió. Basta que un pájaro se pose en una playa, para que otro compañero suyo se apresure a seguirle, y siempre hay un tercero que va delante. Apenas acababa de abrir sus alas a los vientos, fué el hermoso niño a caer dentro de la tumba; ella le siguió después, como una paloma sigue a otra paloma.

\* \* \*

Yo exclame:—«¡Señor! vuestras leyes son austeras. ¡Señor! las habéis rodeado de misterios, así para el hombre como para el amor, para los árboles y para las aves, hasta para el líquido nutritivo de que necesita el niño en la cuna, que es a un tiempo, ambrosía y veneno, miel dulce y licor amargo, destinado a nutrir al hijo o a matar a la madre!»

17 de febrero de 1837.



## XII

A LAURA, DUQUESA DE A.

Ya que no han comprendido, en su mezquino pensamiento, que cuando se ha poseído esplendor, poder y orgullo como tú lo has poseído, sería un acto magnánimo para Francia conceder la limosna de una fosa a tu noble féretro (1);

\* \* \*

Ya que no han comprendido que la que sin temor celebró siempre la gloria y castigó a los verdugos, tiene derecho a reposar sobre la colina santa, descansar a la sombra de los héroes;

\* \* \*

Ya que el recuerdo de nuestras grandes batallas no arde encendido en ellos como sagrada antorcha; ya que no tienen corazón ni entrañas; ya que te han rehusado hasta la piedra para edificar tu sepulcro,

(1) El Consejo municipal de París rehusó conceder seis pies de tierra en el cementerio del Padre-Lachaise para la viuda de Junot, antiguo gobernador de París.

El ministro del Interior también rehusó un pedazo de mármol para dicho monumento.

(Periódicos de febrero de 1840.)

Nos corresponde a nosotros entonar un cántico expiatorio; nos corresponde a nosotros manifiestarte nuestro duelo, de rodillas; nos corresponde a nosotros hacer revivir tu recuerdo, enterrándolo en versos afectuosos y tristes;

\* \* \*

Nos corresponde a nosotros esta vez preservar tu muerte del olvido, que es su pálido compañero; nos corresponde deshojar rosas sobre tus cenizas; nos corresponde cubrir de laureles tu ilustre nombre;

\* \* \*

Ya que una estúpida afrenta, pobre mujer muerta, sube hasta tu frente, que el César coronó, a mí, a quien ofreciste la mano de amiga, me corresponde decirte en voz baja: —«¡Nada temas! ¡Yo te defiendo!»

\* \* \*

Tengo que cumplir mi misión; porque armado con una lira que debe lanzar a los vientos himnos irritados y ardientes, custodié el tesoro de las glorias del imperio, y no he de consentir jamás que nadie atente contra ellas.

\* \* \*

Tu noble corazón conservaba para mí fieles recuerdos: en nues-

tro cielo siniestro y en nuestros tristes días tu espíritu cernía sobre mí sus generosas alas muchas veces como un águila y como un ángel siempre:

\* \* \*

## XIII

Porque tuerte para sufrir tus desgracias y abnegada para remediar las nuestras, abandonada a la tempestad, víctima de tu adversa suerte, no imitaste el funesto ejemplo de tantos otros y de una cobardía hiciste surgir un puerto de refugio;

\* \* \*

Porque tú, la Musa ilustre, y yo, el obscuro apóstol, hemos traído a la tierra la misma misión y un profundo lazo nos ata el uno al otro, a ti, viuda de un héroe, y a mí, hijo de un soldado.

\* \* \*

Por lo que, sin desmayar jamás en esta Babilonia, besando los desgarrones de las vilipendiadas banderas, exclamé defendiendo al emperador: —«¡Devolvedle su Columna!» y exclamé defendiéndote: —«¡Concededle su tumba!»...

Febrero de 1840.

¡Pozos de la India! ¡Tumbas monumentales, que en vuestro interior sólo ofrecéis a la perturbada vista un amasijo de gradas y de rampas, fríos calabozos, corredores alumbrados por lámparas, conjunto que rueda girando sobre sí mismo, vigas en las que la araña tiende sus tenues hilos, bloques que bosquejan por todas partes siniestros perfiles, techumbres de granito, agujereadas como frágiles telas, por cuyos grandes huecos se ve brillar alguna estrella, caos que forman los muros, cámaras, tramos, confusas y ruinosas escaleras, criptas que llenan de religioso horror vuestra inmensa y prodigiosa bóveda, cavernas donde nadie se atreve a penetrar, ante vuestras profundidades he palidecido con frecuencia, como se palidece ante un abismo, espantosas Babeles que fantaseó Piranesol...

¡Entrad si os atrevéis!...

Sobre el dormido pavimento las sombras de los arcos se cruzan tristemente; el empedrado en algunas partes, torciéndose bajo los escombros, se entreabre para dejar libre á paso escalones sombríos, que por una gradería en caracol se hunden en un subte-



rráneo sin fondo, mientras otros y moverse el monstruoso edificio. escalones suben hasta arriba, hasta llegar al techo. ¿A dónde van? Dios lo sabe. Por los huecos de un arco vacío, un hilo de agua que cae despide lívida claridad. Una bóveda de verdosa frente, gotea dentro de un pozo. En la obscuridad, un pesado montón de rocas sin apoyo se ve detenido por zarzas trepadoras; una cuerda que pende de un montón de apilados maderos cae hasta el nivel de la mano del viajero curioso. En una cueva, inclinado sobre un libro y leyendo, un viejo sobrehumano, debajo de una roca, que amenaza desplomarse, parece que viva allí olvidado por la muerte. Esfinges, bueyes de bronce, acurrucados sobre el estrave, forman los chapiteles de los pilares decrepitos; el áspid de ojos ardientes, agitando sus pupilas, desliza su cabeza chata por las hendiduras de las piedras. Todo se mueve y se tuerce bajo los techos entreabiertos. Las paredes rezuman y se ven hormiguear, a través de las hojarascas rojas, saliendo por entre los mármoles, monstruos que podrían tomarse por raíces de aquellos árboles. Por todas partes, en las paredes del sombrío monumento, un no sé qué de horrible se arrastra confusamente, y el que recorre ese dédalo disforme, como si se apoderara de él un enorme pólipo, por encima de él y por debajo, parece que sienta vovir

En esas horas en que el espíritu y la vista, recorriéndolo todo, tratan de ver en la noche el fondo de las cosas, mis miradas se perdieron en esos terribles sitios, y contemplándolos, he exclamado muchas veces:—«Sueños de granito, grutas fantásticas, criptas, palacios, tumbas repletas de varios rumores, sois menos brumosos, menos ignorados, menos profundos y menos desesperados que el destino; el destino, ese antro habitado por nuestros temores, en el que el alma, perdida en espantosos laberintos, en el fondo, al través de la obscuridad, y produciendo ruidos sordos, en un abismo desconocido, mira caer la corriente de los días!»

14 de abril de 1839.

## XIV

EN EL CEMENTERIO DE...

La multitud de los vivos ríe corriendo tras sus locuras, ya en busca de placeres, ya al encuentro de los dolores; pero yo, que soy soñador, me imagino que

\* \*

los olvidados muertos tienen sus miradas fijas en mí. celestial, la azucena parece más pura y el pájaro más tierno.

\* \*

\* \*

Saben que soy el hombre de las soledades, el paseante que medita bajo el follaje de árboles espesos, el espíritu que encuentra, considerando todos los dolores, en la superficie de todo la duda, y en el fondo de todo la paz.

¡Allí es donde yo vivo! Cogiendo rosas blancas, consolando las tumbas abandonadas desde hace mucho tiempo, paso y vuelvo a pasar; separo las ramas, nuevo ruido en la hierba, y los muertos parece que se regocijen.

\* \*

\* \*

Saben que me inclino y medito sobre los bojés, sobre las fosas y sobre las cruces; oyen el rumor de mis pasos cuando camino sobre las hojas secas, y me han visto contemplar las sombras de los bosques.

Allí sueño, y vagando por el campo sumido en el letargo, veo, con los ojos abiertos de mi pensamiento, cómo se transforma mi alma en un mundo mágico, espejo misterioso del universo visible.

\* \*

\* \*

Comprenden mi voz, que se levanta en medio del mundo, mejor que vosotros, vivos luchadores; los himnos de mi lira, que se ocultan en mi alma, para vosotros son cánticos y para ellos son sollozos.

Mirando sin verles, escarabajos misteriosos, ramajes confusos, formas y colores vagos, allí, sentado sobre las piedras caídas, y en plena obscuridad, me asaltan deslumbramientos de claridades y de flores.

\* \*

\* \*

Olvidados por los vivos, les queda la naturaleza. En el jardín de los muertos, donde un día reposaremos todos, el alba lanza una mirada más serena y más

Allí el sueño ideal que se posa sobre mis párpados, flota como velo luminoso entre la tierra y mis miradas; allí mis dudas ingratas se funden en plegarias, que empiezo a murmurar de pie y que termino de rodillas.